

Los conflictos del lenguaje. El lenguaje, una Caja de Pandora¹

Conflicts of language: Language, a Pandora's Box

Miguel Alberto González González²

González, G. Miguel A. miradas N°11 – 2013. ISSN: 0122 994X. Págs 136-148

Recepción: Mayo 27 de 2013

Aprobación: Noviembre 16 de 2013

Resumen

Hay unos lenguajes del poder que precisan ser leídos y comprendidos, puesto que surge un desorden dentro del orden que facilita el dominio de las clases dominantes y la aceptación tácita de las hegemonías venidas del afuera, lenguajes que se privilegian desde el poder y no siempre se comprenden.

Esta es una discusión sobre el lenguaje, sus lógicas, su organización y las maneras que los humanos adoptan en el proceso comunicativo que pueden generar conflictos. Por tanto, poner en cuestión el papel del lenguaje y su responsabilidad en el nacimiento de los conflictos es la apuesta de este texto, es un aventurarse en descargar en el lenguaje mismo los conflictos de humanidad; esta mirada, en todo caso, nos impulsa a seguir pensando e investigando las funciones, los repliegues, los despliegues y las mismas misiones de los lenguajes.

1 El presente artículo de reflexión tiene su fuente en la investigación “Los lenguajes del poder. Lenguajes que nos piensan” que se viene desarrollando en la Universidad de Manizales desde el 2010, situada en sus maestrías como eje de búsquedas y de conocimientos. Proceso liderado por el autor del presente texto.

2 Miguel Alberto González González. PhD en Ciencias de la educación en la Universidad Tecnológica de Pereira. Candidato a doctor en conocimiento y cultura en América Latina, Ipecal, México. Magister en Educación-Docencia de la Universidad de Manizales. Licenciado en filosofía y letras de la Universidad Santo Tomás. Entre sus publicaciones cuenta con los libros: Amores Prohibidos de Kalkan (1998); Analectas de la Caverna (2004); Horizontes Humanos: límites y paisajes (2009); Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente (2010); Resistir en la Esperanza. Tertulias con el tiempo (2011). Horizontear las utopías y las distopías. Tensiones entre lo apolíneo y lo dionisiaco (2011). Desafíos de la universidad. Miradas Plurales. Carpe Diem (2012). Posee textos en revistas nacionales e internacionales. Ha participado con ponencias en eventos académicos de Argentina, Costa Rica, México, España, Chile, Brasil, Francia, Dinamarca, India y Colombia. Docente e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. Correo Electrónico: miguelg@umanizales.edu.co, mgcaronte@me.com

Palabras clave: Lenguaje, conflicto, sentido, pensamiento, realidad, paradoja.

Abstract

There are some languages of power that need to be read and understood, since there is a disorder inside the order to facilitate the mastery of the dominant classes, and the tacit acceptance of the hegemony coming from the outside. Languages that are privileged from power and are not always understood.

This is a discussion about language, its logic, its organization and the ways that humans take in the communication process that can generate conflict. Therefore, to question the role of language and its responsibility in the birth of the conflict is the aim of this essay. It is to venture in downloading the language to the conflicts of humanity, this look encourages us to keep thinking and investigating the functions, retreats, deployments and missions themselves of the languages.

Key Words: Language, conflict, meaning, thinking, reality, paradox.

Introducción

Nos encontraremos en un diálogo con los lenguajes donde irrumpimos para mirar algunos conflictos humanos que tienen su fuente en los usos de los lenguajes, creaciones lingüísticas perversas, a veces surgidas de la espontaneidad, pero, en su mayoría, venidas de los poderes que desencadenan bastantes lenguajes que causan traumas en la humanidad.

Hay un grado cero de la escritura, un posible grado neutro que es lo deseable, no obstante hay política en la escritura, hay direccionamiento que imposibilita el ideal grado cero o neutro.

De ahí que resolver los conflictos parece un juego de metáforas que en lugar de cerrarnos nos abren, nos entregan otras opciones, una permanente caja de Pandora, una caja que nos entrega bastantes opciones, hasta la esperanza misma nos regala cuando todo parece imposible.

La retórica en su arte de persuadir sin acudir a la controversia es una apuesta para pensar nuestros lenguajes, nuestros discursos tensos para que reduzcan las ansias mismas de conflicto, las ansias mismas de ganar en una discusión, porque en la retórica se quiere convencer, más no imponer, en la dialéctica de oposiciones, de controversias, el discurso se acepta o no, es decir, desencadena en el conflicto-problema, en tanto el retórico nos seduce, nos provoca ¿Otro conflicto la seducción?

Una de las grandes acometidas humanas es la búsqueda de la verdad, es posible que por buscar verdades se hayan generado más guerras que por buscar reales soluciones a los problemas sociales, hemos traducido, conducido de forma impropia los fines, en lugar de ser el hombre ha pasado a ser la democracia, la libertad, la paz y para pero la verdad como eje articulador.

Sobre los anteriores tópicos nos encontraremos en una larga conversación, sabiendo que si el lenguaje genera guerras, también sabe de paz; el caso es que del veneno debemos extraer el fármaco para recuperar al paciente que se ha impacientado: a la sociedad.

Profundizando en las impaciencias lingüísticas

El conflicto es humano, pero no exclusivo de la humanidad, subsiste en otras especies y en la misma expansión de las galaxias. El conflicto es la posibilidad de tomar decisiones como nos lo muestran las tragedias griegas, donde decidir entre dos

o más opciones bien sean favorables o desfavorables representa la paradoja de la tragedia, el conflicto de tener que decidir, de no poder optar por todo a la vez, nos hace ser selectivos y muchas veces violentos; de ahí que los lenguajes pueden abrirnos a múltiples conflictos, como una secuencia de violentación de nuestras vidas privadas y públicas.

Cuando los conflictos desencadenan en actos de violencia, en destrucciones o humillaciones, hemos fracasado como proyecto lingüístico, hemos fracasado como humanidad; para nuestro caso, que los conflictos lingüísticos generen rupturas y dolores sociales nos pone a pensar del lugar de los lenguajes.

Del grado cero de la escritura

¿En qué consiste el excedente de sentido de las verdades? La verdad es un problema humano, no es un asunto para los objetos, para los animales o para energías cósmicas o extracósmicas. Nos ha dicho Barthes que el hombre es prisionero de su lenguaje.

Prisionero porque desde los lenguajes enuncia, busca sus libertades, pero desde los lenguajes se construyen las cadenas, se diseñan las celdas verdades, trampas lingüísticas que no atan pero que tampoco liberan. Los lenguajes son nuestros vasos comunicantes, son nuestras salidas a lo más lejano y, cómo no, son las rejas que no dejan visualizar allende de las rejas, esas son sus múltiples paradojas que los académicos e intelectuales no podemos pasar por alto.

Si hay un grado cero de la escritura, sería interesante preguntarle a las metáforas de la guerra o de los conflictos por su grado cero. Explica Lizcano que el grado cero de la metáfora se daría en el hecho mismo de nombrar. Dar cierto nombre a algo, llamarlo abeto, democracia o respeto, es trasladar a

ese algo, aún sin nombre, el significado que ya tienen nombres como abeto, democracia o respeto.

Desde lo anterior, intuimos que un grado cero en la escritura o en la metáfora es una suerte de utopía. El lenguaje como generador de conflictos nos tendría respuestas en las metáforas, en las formas como nombramos; puesto que si cosmos, en su origen, significa la manera como el general organizaba las tropas para el combate, eso ya nos sugiere que las mismas expresiones que tenemos para comprender el orden nos llevan por caminos farragosos; entonces precisaremos de nuevas metáforas que nos muevan a riquezas interpretativas, no para suprimir los conflictos, sino si para reconocerlos y abordarlos desde el mismo lenguaje.

Dentro de la riqueza interpretativa es que una obra de arte se disfruta de diferentes modos, pero en cuanto al lenguaje público, en el del poder esa libertad es menor, pues en la confusión los peligros son mayores, los conflictos nacen y se reproducen a velocidades escabrosas. En esta sociedad del riesgo, donde nada está exento de convertirse en amenaza para el hombre, bien se puede afirmar que el lenguaje se ha constituido, al lado de la naturaleza y de lo económico, en un riesgo o en una posibilidad de creación. Hay palabras o verbos sospechosos, riesgosos, verbos que no dan idea de movimiento y palabras que hacen confuso lo que parece claro; esto lo advierte Austin (1955): «Me refiero a palabras curiosas como “bueno” o “todos”, a verbos sospechosos tales como “poder” o “deber”, y a construcciones dudosas tales como la de los enunciados hipotéticos» (p. 5). Si poder y deber son sospechosos qué podríamos pensar del verbo ser o estar, el más sospechoso, el más complicado de los verbos; al fin de cuentas, el famoso verbo de la creación en una de las cosmogonías religiosas; allí no sólo van a la sombra el

pretexto y el contexto sino la evidencia misma.

Se destaca que detrás de la evidencia plena del texto se ocultan como una sombra originaria el pretexto y el contexto, esto es, que al texto, que a la palabra, que al gesto, que al signo hay que comprenderse dentro de su contexto y del mismo pretexto; las palabras sugieren el pasado, pero también el porvenir, en una suerte de laberinto mítico del lenguaje, sabemos que el ser humano es un entramado de palabras con sus significados y sentidos, las significaciones son cambiantes, los sentidos inestables, variables, esa es la trascendencia de los lenguajes. La trascendencia es patrimonio del hombre, así como la lengua también es patrimonio de la humanidad, como también lo son la guerra, la destrucción, la insidia, el amor, la salud, la ciencia, la política, la venganza y la esperanza, todas mediadas o enunciadas por el lenguaje.

Goethe en el Fausto destaca que cuando faltan ideas, hay palabras para sustituirlas. Ese sí que es un conflicto mayor, permitir que las ideas se camuflen, se dejen colonizar por las palabras; a malas agendas buenas palabras, tal vez, las ideas se desaparecen en la selva del palabrerío de los lenguajes, en la selva del racismo lingüístico.

Hay un racismo lingüístico que nos llama a buscar lo mejor, a creer en lo mejor, racismo metodológico, racismo teórico, racismo científico, racismo filosófico, racismo literario, racismo ético, racismo religioso. Todas estas formas de exclusión hacen de los lenguajes sistemas poco transparentes, y menos cuando a ese racismo se le adjunta la idea misma de la verdad. Más racista que la verdad, más dramática que la verdad está la intoxicación lingüística misma. Las exigencias de verdades eternas son intoxicaciones que aún no superamos.

Los poderes políticos, económicos, jurídicos, religiosos, educativos, literarios, deportivos, científicos, faranduleros e informativos tienen sus propios lenguajes, sus diccionarios con los cuales logran imponer rigores ¿Que dediquemos la atención a un deportista, cantante o político, a qué lenguajes obedece? Es probable que a los lenguajes de los poderes que quieren satanizar o deificar ciertas personas o procesos; justo esos lenguajes son los que nos van dominando, nos van sometiendo y llevando a conflictos como si esas tales verdades fuesen necesarias a nuestra existencia.

El problema de la verdad, la misma que para algunos está dentro del sujeto mismo y para otros esta afuera, a su alrededor, es un asunto no resuelto; pero Rorty advierte que la verdad no puede estar ahí afuera — no puede existir independientemente de la mente humana— porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí afuera. El mundo está ahí afuera, pero las descripciones del mundo no... La idea de que la verdad, lo mismo que el mundo, está ahí afuera, es legado de una época en la cual se veía al mundo como la creación de un ser que tenía un lenguaje propio.

Desde luego que la verdad de los conflictos no puede estar dentro del lenguaje mismo, emerge en los sujetos que lo usan, en el sentido de las interpretaciones, las direccionalidades que le damos a los ecos y resonancias de lo visto, sentido o escuchado; lo cual va más allá de cualquier metafísica y más acá del mundo metafórico.

La resolución de los conflictos ¿Una metáfora?

La metáfora es más que un adorno de discurso, es el vaso comunicante, la arteria creativa de las culturas; muchos conflictos pueden ser metáforas mal comprendidas. Los conflictos lingüísticos devienen por

múltiples vías; refiere González (2012), que:

El conflicto puede aparecer a distintos niveles: a nivel verbal, uso del lenguaje (por ejemplo, un individuo que desea decir la verdad pero tiene miedo de ofender); a nivel dialéctico (cuando se dan dos ideas contradictorias), o a nivel emotivo (una impresión fuerte causa reacciones viscerales incompatibles con la digestión) (pp. 32, 33).

Si bien, las anteriores enunciaciones son del orden lingüístico, en todos se percibe un conflicto inminente, un conflicto por hablar, escribir, escenificar o por silenciar, donde tampoco se entregan alternativas porque las mismas subyacen dentro del lenguaje. Es como dicen algunos heresiarcas que dentro de Dios esta el diablo o que Dios es el diablo de la creación; paradojas que anidan en los lenguajes; pero como hemos visto desencadenan conflictos por la *Caja de Pandora* que es el lenguaje mismo.

Hay muchas metáforas en los lenguajes, tal vez, su mayor artulugio es la metáfora, pero si se quiere es su mayor pobreza, porque en ese mundo se esconde el conflicto. El lenguaje mismo, el acto de discutir, es comprendido como guerra, de lo cual advierten Lakoff y Johnson al escribir, que tratemos de imaginar una cultura en la que una discusión no se viera en términos bélicos, en la que nadie perdiera ni ganara, donde no existiera el sentido de atacar o defender, ganar o perder terreno.

Si el lenguaje es un auspiciador de conflictos, es a éste y a nadie más al que le corresponde ir en andas por una solución, para permitir a los hombres que se comuniquen de manera racional o entregar las formulas para sustraerse de los

conflictos. Aquí nace, por así decirlo, una nueva posibilidad de enfrentar el conflicto, y es la de exigirle al lenguaje que, en su dinámica interna, haga su trabajo de tensionar y distensionar, una solicitud de la cual los platónicos estarían orgullosos. Propuesta que de por sí luce falaz y utópica; no es el lenguaje son sus hombres, sus usuarios los que deben aprender de las palabras, aprender del lenguaje para no caer en sus rutinas, en sus dictaduras, en sus regímenes de significado, en sus regímenes de sentido.

Expone Barthes en el texto *El grado cero de la escritura*, que el lenguaje nunca es inocente: las palabras tienen una memoria segunda que se prolongan indefinidamente en medio de las significaciones nuevas.

Es evidente que el lenguaje en su elasticidad tiene capacidad de olvido y de recuerdo, poniendo en aprietos al usuario que no siempre goza de suficiente memoria para dar cuenta del tránsito histórico de una palabra.

Los griegos, maestros en tantas cosas, perfilaron el problema que aún sigue siendo objeto de análisis, tal cual ocurrió en los diálogos de Platón. Veamos una de las tantas miradas al tema:

Desde el Crátilo de Platón y los escritos lógicos de Aristóteles el lenguaje se considera como sistema convencional de signos; la palabra es referida al concepto, el lenguaje es la esencia de las cosas; el lenguaje pertenece al mundo mutable y huidizo. Esta concepción del lenguaje continúa en toda la filosofía occidental, concepción en la que ocupa el primer plano la función objetiva de significación, pero

en la cual no se considera la totalidad viva del acontecer del lenguaje en su función creadora y reveladora de sentido (Valencia, 1999, p. 23).

No es tan seguro que los problemas surjan del lenguaje, pero tampoco hay otra forma de desmentirlo, puesto que solucionados los aspectos de supervivencia, los conflictos que más se conocen en los seres humanos son los idiomáticos: el de si la teoría dice esto, si la práctica es aquello, de si la verdad es mía y la mentira aquella, son asuntos de orden lingüístico que aún no hemos logrado resolver ni con letras ni números; es como si nos faltase imaginación para salir de estas encrucijadas que terminan siendo ideológicas con nefastas consecuencias. Un buen ejemplo de los abusos del lenguaje se da en las grandes revoluciones donde nos venden, nos ofertan unos futuros para someternos a los caprichos de esos poderes; indica Barthes que en la revolución francesa..., nunca antes el lenguaje fue menos inverosímil y menos impostor.

Ese gran movimiento político, económico-social, hizo del lenguaje su gran baluarte para someter y desinformar; allí, en la Revolución Francesa, corría la sangre de miles en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, donde la discriminación y la segregación fue tan dramática o peor que la de la monarquía misma; pero los lenguajes habilitados en el momento no permitieron confrontar la barbarie y los lenguajes habilitados después nos han hecho creer que la Revolución Francesa fue un camino de rosas.

Los hombres, como seres comunicantes y comunicables padecen las expresiones discriminatorias, segregacionistas o exclusivistas, pero allí es donde debería entrar un lenguaje inédito a encontrar los atenuantes a todas estas formas de

reducción, porque como nos indica Zemelman, las palabras llevan un peso histórico, no son arbitrarias, los problemas pesan. De hecho, no aparecen formulas lingüísticas mesiánicas para reducir los conflictos en la comunicación; toda la responsabilidad queda en la psiquis de los emisores y receptores, es decir, en últimas el problema es de los usuarios y no de los elementos.

La escritura

La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, el blanco y negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe. (Barthes, 1994, p. 70).

Tanto Barthes como Derrida coinciden en que la escritura es una suerte de traición, un abandono del individuo, un dejar de ser auténtico, pese a que en ella misma se busca la identidad, para lo cual se requiere un dejar de ser lo que se es para convertirse en otro que es el texto escrito, es un dejar morir la oralidad para congelarla, para eternizarla en la escritura. Si esto sucede con esta forma, en apariencia elevada, de comunicarnos ¿Qué podemos esperar de las más antiguas, como el habla y los gestos?

Es probable que el lenguaje sea el principal generador de conflictos, puesto que muchas situaciones del devenir humano son creaciones lingüísticas que se apartan de lo posible o que ni siquiera se ocupan de lo real, como si con el lenguaje se inventase la realidad, un mundo paralelo que en el más de los casos es hostil y sometedor.

El lenguaje es sin lugar a dudas el mecanismo o el instrumento, quizás el único conocido, para la comunicación entre los seres vivientes; en el caso particular que le corresponde al hombre, ese lenguaje es hablado —entiéndase, cualquier sonido—,

escrito —analícese todo símbolo, semiótica—, o gestual —piénsese en todo movimiento—; también se clasifica en fonético, kinésico, proxémico, icónico o pictográfico. Con cualquiera de estas formas lingüísticas los seres humanos —no descartar las máquinas— se anuncian ante el otro. La filosofía analítica —movimiento surgido en el siglo XX que se ha adentrado en este campo—, nos indica que el objeto de su actividad es resolver los problemas filosóficos, los cuales, afirma, se originan en la confusión lingüística.

Lo embarazoso es que no se dispone de tiempo, estamos en afanes profundos, rutilantes. González (2011), señala que: «Tenemos un tiempo así como un lenguaje contaminado, tiempo poblado por el comercio, por la maldad latente de los dueños del dinero» (p. 30); esos lenguajes de los poderes económicos parecen no darnos tiempo ni ánimos para adelantar ese análisis sobre lenguajes y tiempos intoxicados. Otro de los obstáculos lo expresa Havelock al establecer que una de las dificultades de pensar el lenguaje es que hay que usar el lenguaje para pensarlo. Un acto lingüístico se debe dirigir sobre sí mismo.

Ese aventurarse sobre sí mismo, sobre sus propios códigos, representa de por sí una paradoja, un enorme riesgo; pero no olvidemos que la serpiente tiene el antídoto contra su venenosa mordedura, de ahí, que desde el lenguaje de serpientes se puede despertar una salida.

Los códigos, los criterios de relación son los que permiten el entendimiento o, por contrario, el deterioro de la comunicación, no pueden dejarse pasar por alto desde los códigos que imponen las nuevas culturas. De ello Foucault resuelve indicando que los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus

valores, la jerarquía de sus prácticas—, fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de lo que se reconocerá.

Es necesario viajar por el mundo de las culturas, por sus códigos, por los territorios simbólicos de las culturas y sus formas de someter, sus lenguajes que encierran y cuidan, pero que desean innovación, estos lenguajes requieren ser revisados de forma constante, no por retórica política sino por retórica del acto del conversar, por convicción lingüística.

La mirada al lenguaje. ¿Retórica?

A Perelman le llama la atención que Aristóteles, Cicerón y Quintiliano le hayan consagrado obras notables al arte de persuadir, mientras en los últimos siglos sólo sirva para el estudio de las figuras de estilo o cuando menos para quitarle valor a un ejercicio lingüístico tildándolo de retórico. Expone Perelman que para algunos autores, tales como Schopenhauer y John Stuart Mill, mientras que la dialéctica sería la técnica de la controversia y la retórica la técnica del discurso público, la lógica se identificaría con las reglas aplicadas para conducir su propio pensamiento. Esto nos pone en un lugar adicional, no solo es lo dicho sino como se dice, e incluso la técnica misma del decirlo.

El enunciar sin rodeos, casi abortando lo poético, el giro de la lengua es una de las preocupaciones del filósofo austriaco Wittgenstein. Lo que puede ser dicho, puede ser dicho con toda claridad, y sobre lo que no se puede hablar se debe guardar silencio. En tal sentido, Wittgenstein argumentó que la función de la filosofía sería, desde este punto de vista, la de indicar lo que no puede ser dicho, presentándonos exclusivamente lo que puede decirse.

Esto no puede dejarse impune, porque silenciarse tampoco ha de ser la solución; esto porque cuando se acaban las palabras entonan con mayor fuerza los tambores de la guerra, reducir el lenguaje a lo comprensible, a lo que se puede hablar, es empobrecer el mundo de opciones. Alguien podrá entender aquello que para otros es incomprensible, así somos en los lenguajes, por suerte. Visto así, se reduciría a ser una especie de panacea, un juego de mesianismo o un camino a paradigma, ya que describiría lo que es digno de expresarse y desecharía lo demás, esto sin saberse con alguna exactitud qué es lo por abandonar. Aunque es claro que se refiere a la significación del lenguaje y, ante todo, sobre expresiones del orden metafísico.

Wittgenstein en el libro *Tractatus lógico-philosophicus*, describe que si las proposiciones genuinas dicen solamente cómo son las cosas. Ello no indica que podamos saber cómo han de ser las cosas, es decir, no expresan necesidad en el mundo, y por lo tanto ni siquiera sabremos si las estrellas brillarán mañana. Nadie puede someter los acontecimientos del mundo a su voluntad, frente a ello hay una impotencia, un límite infranqueable. Para oponer a lo anterior, no podemos olvidar que los discursos prefabricados, las normas del poder o las categorías de la justicia, sí pretenden someter los acontecimientos de los hombres, aspecto que en sí y de por sí es conflictivo.

Esto de buscar las estructuras profundas y ocultas del lenguaje y lo que allí se inserta es una labor de alta dedicación, porque hay mucho embrujo en las palabras, mucho sometimiento que no siempre logramos identificar. El mundo en todas sus formas no es bueno ni malo, esa es una división que hacemos los sujetos y esa configuración moral del bien y del mal no aplica para los objetos o cosas en sí; los lenguajes no saben

de códigos perversos o lumínicos, esas son categorizaciones que hemos aprendido en las culturas humanas.

No es para despreciar que las palabras jamás son inocentes, ni mucho menos si sus usuarios emanan de los poderes; el infierno también tiene sus leyes dijo Mefistófeles a Fausto. Aún en el mal, en el abandono o en la penuria, las expresiones están diseñadas para avanzar en los conflictos; más que hechos, los lenguajes mismos se ingenian los conflictos. Lo anterior nos muestra que en filosofía no hemos podido resolver una serie de interrogantes del orden físico o metafísico y mucho menos hemos avanzado lo suficiente para comprender la dinámica de los conflictos lingüísticos que se generan en los seres humanos. Esa carga de transitar con significados, interpretación y hermenéutica, puede propiciar conflictos que, en algunos casos, no se alcanzan a resolver por la llamada dialéctica que en sí misma defiende o precisa del conflicto; en otras palabras, por el lenguaje —bien sea hablado, escrito, icónico o gestual—, se generan los conflictos, que en su dinámica interna los promueve en una lógica brutal.

Aunque no falta quien asevere que el problema es educativo, o el que siendo más intrépido indique que pertenece al instinto humano, que es connatural a los hombres vivir en conflictos; de lo cual, alguna vez nos previno Estanislao Zuleta al advertir sobre el cuidado de no introducir como recurso explicativo la noción del instinto, pues en ese orden de ideas nos salvaríamos o condenaríamos aduciendo que al ser gestado por el instinto, entonces no hay controles posibles. Así, establece Serna que el lenguaje edita, cuando no es que construye el mundo para nosotros. El hombre es lo que habla, por su léxico los reconoceréis.

Diremos que por sus guerras o por sus conflictos generados con el lenguaje los clasificaremos. Si el lenguaje está en la superficie como expone Deleuze, las alturas la dan los poetas-filósofos-teólogos y la profundidad los científicos; entonces la superficie es manejada por el hombre común, deducción que poco resuelve, puesto que superficie, altura y profundidad darían cuenta de tres tipos de sociedades, dificultando la comprensión y dando paso a conflictos de orden literario-metafísico.

Desde la hermenéutica a cualquier expresión se le encuentran tantos sentidos como intérpretes existan. El conocimiento hermenéutico, explica Gadamer, se manifiesta en la lengua, el habla o las situaciones de habla, las cuales, si se pretende una comunicación eficaz, deben estar ajustadas al horizonte de los hablantes: esto forma parte de cada auténtica comunicación, que se entra en el otro. El conocimiento está ligado a la lengua; el hombre es, ante todo, un ser comprensible a través del lenguaje. Sin ir lejos, se deduce que lo hermenéutico es subjetivo y, por lo tanto, problemático. También en *Verdad y método*, Gadamer declara que querer evitar los conceptos propios en la interpretación, no sólo es imposible sino que es un absurdo evidente. Interpretar consiste en poner en juego los propios preconceptos, con lo que la intención del texto se hace evidente para nosotros a través de la lengua. Y si esto sucede desde el abordaje de textos, qué podríamos esperar de la palabra que casi nunca logra tener la suficiente espera o umbral para medir los alcances de su pragmática.

Es innegable la riqueza del habla que puede ir en todos los sentidos. Esa formidable manera de crear expresiones, de idearse significados, no siempre conlleva a la tranquilidad humana, puesto que ese ingenio puede aguzar el conflicto; el asunto

es casi primario: cuando una discusión se enmaraña, se aconseja guardar silencio, no continuar con el encadenamiento de expresiones para evadir la trampa del lenguaje que conllevaría a un riesgo de violencia; sin dejar de lado la violencia misma de las ideas, esa imposibilidad de traducir todo lo que se piensa en palabras. Ese conflicto, esa distancia entre lo que se piensa, entre lo que se escucha y entre lo que se escribe, pone a la humanidad en el terreno de la imaginación, donde todo es posible.

Los anhelos de sociedades transparentes, sociedades donde nada se esconda, donde todo se conozca, ya va siendo una realidad; la gran vigilancia, la gran información que sobre nosotros se tiene es tan variada y riesgosa que ya pocos se sienten tranquilos porque los poderes siempre utilizarán estas informaciones para sus fines, para habilitar los lenguajes que requieran a sus propósitos. En ese espacio difuso entre intimidad y extimidad aparecen los medios de información, siempre como amenaza, siempre como posibilidad; expone Vattimo en *La sociedad transparente*, que los media siempre pueden ser también la voz del Gran Hermano; o de la banalidad estereotipada del vacío de significado».

Como la guerra está en la imaginación de los hombres, es la imaginación humana la responsable de solucionarla. Igual podríamos decir de los diversos conflictos que se suscitan en el hombre, que no siempre acaban en guerras, pero sí desencadenan graves lesiones a la dignidad o conducen al aniquilamiento de vidas en forma selectiva; conflictos nacidos del uso inapropiado del lenguaje, o quizás de una interpretación indebida, o tal vez por sobrevalorar las expresiones y cargarlas con un sentido belicista, que no es mera retórica en la acepción que ha tomado la palabra de los últimos siglos, sino que

puede pasar por el problema mismo de la verdad, por sus riesgos; y se sabe que una mala enunciación puede generar un conflicto, ese es un riesgo.

Los riesgos. Los problemas de la verdad

Si no hubiese conflictos el lenguaje se los inventaría. Pensar en una verdad en universal es negar otras verdades, habrá unas verdades que se van relevando unas a otras como los maderos del arca de Teseo. Los riesgos aparecen en todos los trazados, pero si es evidente que un lenguaje confuso y confundido ha permitido a los políticos jugar con sus expresiones para engañar al pueblo y de paso engañarse. Los banqueros, primeros oportunistas, elaboran documentos ambiguos que luego ajustan a sus propios intereses. Las normas, cuyo espíritu es difuso, son interpretadas de tantas maneras posibles que no se encuentran criterios cercanos al momento de aplicar justicia.

Queda abierta una revisión más intrínseca y cuestionadora al lenguaje mismo que a los comportamientos humanos, puesto que los hombres estamos condenados a usarlo, arrojados a ese abismo de infamia. Confirmando de alguna manera lo expuesto por Heidegger, quien asegura que todo es mediado por el lenguaje, lo que hace determinar un mundo lingüísticamente abierto, interpretado, influido. El infierno son los otros y el diablo nosotros. En el lenguaje nacemos, pasamos y pensamos, es la casa del ser, es el castillo de la humanidad, el paraíso de las culturas.

La mirada opcional es la de cuestionar al lenguaje en su propia dinámica hasta encontrar la forma, ideal por supuesto, de mejorar la comunicación y distender el proceso interactivo que, como se sabe, va cargado de significado y limitado o ampliado, más que por la teoría, por la emotividad. Muchos paisajes del devenir

humano son creaciones lingüísticas ordenadas, conjuradas, lineales, que quieren enfrentar las realidades caóticas, violentas, absurdas o huidizas, advirtiéndose que con el lenguaje se profundizaran las paradojas, llegando a inventarse un mundo paralelo que en muchos casos desencadena o profundiza los conflictos.

Bien podemos observar en Lledó cuando afirma que la verdad del lenguaje que hablan los hombres es la verdad de un camino que se bifurca y multiplica en mil mentes, en mil aspectos. Un logos que discurre por infinitos derroteros de palabras, y que crece, a través de ellas, en su discurrir.

Y si con el lenguaje no damos cuenta de la verdad sino de simulacros, nos corresponde adentrarnos por sus mentiras, por sus ocultaciones y por sus miedos mismos.

Ese lenguaje que nos libera o que nos acoyunda es el principal generador de los conflictos. Y sería a éste y a nadie más al que le corresponde encontrar la solución; obvio, que no es posible, razón por la cual seguimos trasladando el interrogante al hablante, al que usa y abusa del mismo, no para que le tema sino para que lo aborde. Por alguna razón Lao-Tsé (2006), dijo: «Si el pueblo ya no teme a la muerte ¿Para qué amenazarlo con ella?» (p. 105). Podríamos decir que si el lenguaje no le teme al conflicto, para qué amenazarlo; con ello no perderá su identidad si es que la tiene.

En la escritura dejamos de ser nosotros, perdemos la identidad; en el habla, a veces, nos volvemos torpes y agresivos, en los gestos nos deben interpretar; entonces, ¿qué nos queda del lenguaje para ser expeditos en la comunicación? Quizás todo o nada, ello depende de la plasticidad que adoptemos para estudiarla. ¿Será el lenguaje amor a la sociedad o temor a la soledad? En cualquiera de los casos no

parece claro, puesto que si fuese amor, no se llegaría a los conflictos tan devastadores, y si es temor a la soledad, algo nos aporta para comprender el porqué nos sucede lo que nos sucede.

Caja de Pandora

Varias versiones hay sobre Pandora, Prometeo y Epimeteo; en cualquier caso, Pandora es enviada a la tierra por Zeus con una caja con la tácita prohibición de abrirla, trampa de los dioses para con los hombres, puesto que la curiosidad es una de las marcas de la humanidad. Pandora, cual Eva, no es la excepción, su curiosidad supera los mandatos de hermetismo, de secretos eternos.

Un día Pandora, que era muy curiosa, no pudo aguantar más, le quitó la llave a Epimeteo y abrió la caja, de la que salieron cosas horribles para los seres humanos como enfermedades, guerras, terremotos, hambres y otras muchas calamidades. Al darse cuenta de lo que había hecho Pandora intentó cerrar la caja, pero sólo consiguió retener dentro la esperanza que, desde entonces, ayuda a todos los hombres a soportar los males que se extendieron por toda la tierra³.

No es casual, como nada ocurre en los poderes, que enviaran una caja que al abrirla pondría a la humanidad en aprietos. El mito nos muestra que los poderes nada se reservan a la hora de dominar y someter, de manipular los deseos humanos. De los lenguajes de los mitos a los lenguajes de estos tiempos habrán cambiado muchas

técnicas, pero se mantienen los métodos como manifestación brutal: engañar para tiranizar y así extender un poco de esperanza, aquella forma de dominio que Nietzsche cree perjudicial para la humanidad.

De los males que nos devienen por los conflictos de los lenguajes, nos queda una suerte de condena según Nietzsche o una suerte de salvación según muchos poderes: la esperanza. Lo cierto es que desde los mismos lenguajes debemos despertarnos para enunciar, para llamar el futuro que necesitamos, para no acudir al futuro que otros poderes con sus mundos lingüísticos y regímenes de significado nos diseñan.

Los límites y horizontes lingüísticos hay que continuar examinándolos; en sus fronteras para denunciarlo y en los horizontes para darle la tarea de pensar una comunicación más enriquecida o con menos convencimiento de que el conflicto es necesario para la pervivencia de las especies.

Las fabulaciones del mundo por intermedio de los lenguaje, la política perfecta, la paz irenea, la justicia universal, la energía cósmica, las religiones y sus dioses que nos convencen, por ejemplo, de colgarnos en el pecho la palabra INRI; las políticas con sus promesas, el amor con sus elongaciones músico-poéticas, han sido construcciones lingüísticas que no aclaran lo suficiente el camino a la humanidad. La crisis y abismo del lenguaje, de su palabra, de su escritura, de sus signos, de sus gestos, sugieren que la mayoría de los conflictos son venidos de la interpretación lingüística que vive en la metafísica de las palabras; pero los hombres las tornamos en absolutas verdades para despachar, cuando menos, sus peores recursos para dominar y someter, profundizando así el dilema del poder, la voluntad y el saber.

³ La caja de Pandora. (2012). En: http://cepacastuera.juntaextremadura.net/web/ELE/Nivel_2/Tema_37.pdf (Recuperado en agosto de 2013).

En ese sentido el lenguaje, brutal en su dialéctica y pobre en desenmascarse, está en deuda; entrega a los hombres a los males de la guerra, a los caprichos de sus dioses y, como Pandora, deja dentro de sí una suerte de esperanza. Si el lenguaje nos sirvió para inventar dioses, uno de los mayores conflictos de las culturas humanas porque en sus nombres se han desatado las guerras más sangrientas entre los hombres, ¿qué nos cabría esperar del lenguaje? Los grandes poemas al amor, las grandes sagas de la humanidad, las grandes utopías, siguen siendo territorios posibles para el hombre, gracias a los lenguajes.

Ya nos advirtió Nietzsche que ¡Esa vieja embustera que es la razón se había introducido en el lenguaje! Mucho me temo que no conseguiremos liberarnos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática. Como este nihilista, mucho me temo que no podremos librarnos de las redadas del lenguaje, mientras sigamos creyendo en sus gramáticas, sus sintagmas, sus semánticas, sus pragmáticas, sus fonéticas, sus morfemas y no nos decantemos por otras formas de clasificación, mientras no pongamos en tremor todos los lenguajes y verdades que los poderes habilitan

Es hora de ubicar las verdades en un horizonte débil, un favor que se le hace a la humanidad a través de los lenguajes. Ni más ni menos, ante el fracaso del lenguaje, va siendo tiempo de reinventarlo, que sería reinventar al hombre mismo, ya no desde su miedo a la soledad sino desde su miedo a la humanidad, donde muere la modernidad y se inaugura la posmodernidad: el no creer en los proyectos humanos así como la modernidad no creyó en los proyectos de los dioses. ¿Qué nos deviene con tantos miedos, con proyectos hechos proyectiles?

El instinto social de los hombres no se basa en el amor a la sociedad, sino en el miedo a la soledad.

Arthur Schopenhauer

Referencias Bibliográficas

Austin, J. (1955). Hacer cosas con palabras. Santiago de Chile: Universidad de Arcis, edición electrónica.

Barthes, R. (2011). *El grado cero de la escritura*. (2da edición, revisada y ampliada). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Barthes, R. (1994). "La muerte del autor", en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona: Paidós.

Briceño G. J, M. (2011). El origen del lenguaje. Disponible en http://vereda.saber.ula.ve/jonuelbrigue/origen_lenguaje.pdf. (Recuperado en febrero del 2012).

Caja de herramientas. (2011). Lenguaje. Disponible en <http://www.lenguaje.com/>. (Recuperado en febrero del 2012).

Colodro Max. (2004). *El silencio de la palabra. Aproximaciones a lo innumerable*. Santiago de Chile: Siglo XXI Editores.

Corbella, J. (2011). Cómo el lenguaje moldea el cerebro. Disponible en <http://www.lavanguardia.com/vida/20110503/54148049087/como-el-lenguaje-moldea-el-cerebro.html>. (Recuperado en febrero del 2012).

Cortina, A. (1998). *Hasta un pueblo de demonios: Ética pública y sociedad*. Madrid: Ediciones Tauro pensamientos.

Foucault, M. (2008). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gadamer, H. G. (1990). *Verdad y método*. Barcelona, España: Ediciones Península. Original. 1960.

- Giroux, H. (2000). *La Inocencia Robada. Juventud, multinacionales y política cultural*. Madrid: Ediciones Morata.
- González G, M, A. (2010). *Umbrales de indolencia*. Manizales: Universidad de Manizales.
- González G, M, A. (2011). *Resistir en la esperanza*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- González G, M, A. (2012). *Horizontear las utopías y las distopías. Tensiones entre lo apolíneo y lo dionisiaco*. Madrid: Editorial Académica Española.
- González G, M, A. (2012). *Desafíos de la universidad. Miradas plurales. Carpe Diem*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Havelock, E. (2008). *La musa aprende a escribir*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Heller, A. (1991) *Historia y futuro ¿sobrevivirá la modernidad?* Barcelona. Ediciones Península.
- Ilustrados. (2011). *Lenguaje y conflicto*. Disponible en <http://www.ilustrados.com/tema/5447/Lenguaje-conflicto.html>. (Recuperado en diciembre del 2012).
- La caja de Pandora. (2012). En: http://cepacastuera.juntaextremadura.net/web/ELE/Nivel_2/Tema_37.pdf (Recuperado en agosto de 2013).
- Lakoff, George y Johnson, Mark. (2009). *Metáforas de la vida cotidiana*. (8va edición). Madrid: Ediciones Cátedra. Original 1980.
- Lao Tsé. (2006). *Tao Te King*. México: Grupo Editorial Tomo. Original siglo VI, a, c.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan*. Madrid: Ediciones Bajo Cero.
- Lledó, E. (1974). *Filosofía y lenguaje*. Barcelona, España: Ariel.
- Nietzsche, F. (2004a). *Cómo se filosofa a martillazos*. México: Grupo Editorial Tomo. Original 1886.
- Nietzsche, F. (2004b). *La galla ciencia*. Buenos Aires: Ediciones libertador. Original 1882.
- Nueva Acrópolis. (2011). *El origen del lenguaje a través de la tradición y de los símbolos*. Disponible en http://www.nueva-acropolis.es/cultura/simbolismo/Origen_lenguaje.htm. (Recuperado en febrero del 2013).
- Página del idioma español. (2012). *El castellano*. Disponible en <http://www.elcastellano.org/>. (Recuperado en enero del 2012).
- Perelman Ch. (1998). *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Santa fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma. Original 1977.
- Platón. (1986). *Diálogos*. Barcelona, España: Editorial Montaña Mágica.
- Pruvost de K, M. (2011). *El lenguaje que nos identifica*. Disponible en <http://www.educar.org/articulos/ellenguajequenosidentifica.asp>. (Recuperado en febrero del 2013).
- Rincón, C y Serna A, J. (2008). *La palabra como provocación Magia, versos y filosofemas*. Barcelona: Anthropos.
- Rorty, R. (1996). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Russell, B. (1972). *Ensayos Filosóficos*. Tr: Juan Ramón Capella. Madrid: Alianza.
- Valencia, G, J. (1999). *Hermenéutica*. Bogotá: Editorial Universidad Santo Tomás.
- Vattimo, G. (2010). *La sociedad transparente*. (6ta reimpresión). Madrid: Espasa libros.
- Wittgenstein, L. (2003). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Tecnos.
- Zemelman, H. (2005). *Lenguaje y producción de conocimiento en el pensamiento crítico*. México: Cerezo Editores.